

hombre que se había presentado de nuevo sin que nadie le siguiera.

Como la oscuridad que formaba la sombra de los árboles era extrema, el doctor confundió fácilmente a aquel hombre, que estaba de espaldas hacia él, con Núñez, y le precipitó, como hemos visto, en el torrente, retirándose en seguida para que no notasen su falta.

Núñez, que se hallaba cerca de allí, al oír el ruido que el cuerpo hizo al caer en el agua, se arrojó para salvarle, sin saber quién era ni qué había sucedido.

Pero al tirarse al torrente, dió con el pecho en una de las peñas que casi se encontraba a flor de agua, y quedó casi sin fuerzas.

Por fortuna estaba muy cerca de la orilla, y pudo llegar a ella, quedando allí desmayado por el golpe.

Por eso don Emilio y don Manuel, seguidos de los criados del Molino de Flores le buscaron alumbrándose con hachones de brea, no le encontraron, y se persuadieron de que el ahogado era Núñez.

Cuando volvió del desmayo, era ya muy tarde; y al verse solo, empapado, y sin saber el camino, subió, haciendo grandes esfuerzos, por la parte que está encima de la capilla, y se encontró en el campo. Un indio que pasaba por allí, al verle sin fuerzas, se apiadó de él y le condujo a su choza.

Ese indio era el mismo a quien Duval fué a ver al siguiente día para llevar a cabo el plan inicuo que había concebido de asesinar a don Manuel.

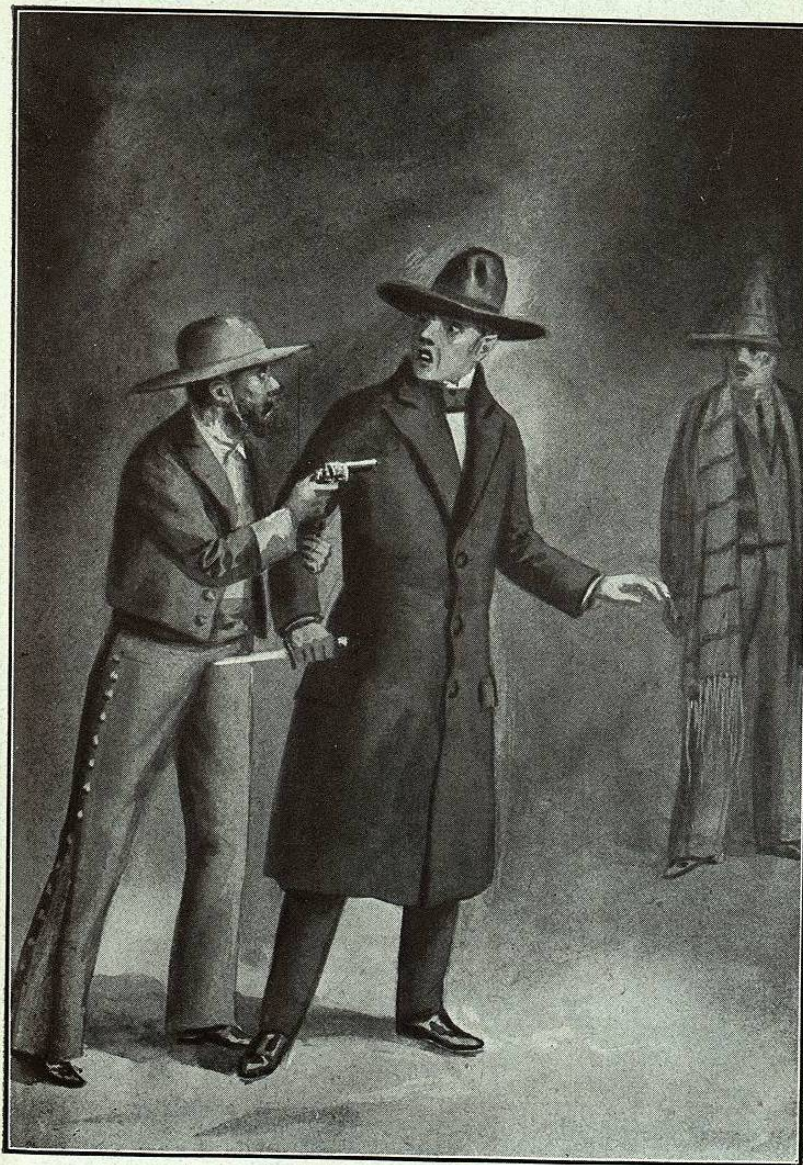
Cuando entró en la choza, que era muy temprano, Núñez, que se hallaba en la otra pieza, oyó la conversación, y conociendo que el citar en ella a don Manuel, llevaba un fin criminal, se propuso evitarlo a todo trance.

Duval creía muerto a Núñez, y sólo le faltaba deshacerse de don Manuel.

Si Duval no hubiera salido tan de madrugada de Texcoco, habría sabido que el hombre ahogado en el torrente del Molino, no era Núñez. Pero preocupado con su plan contra don Manuel, había salido al amanecer, y cuando volvió, se estuvo en su casa sin hablar con nadie, y sin saber, por lo mismo, lo que había pasado.

Todos, pues, menos él, sabían en Texcoco el nombre de la desgraciada víctima que había sido sacada del fondo del torrente, a las ocho de la mañana.

Don Manuel, que no se había separado del sitio de la catástrofe, ofreció una cantidad decente a los mozos del



—¡El mendigo, boto a Brios!

Molino, porque sacasen el cuerpo del desgraciado, creyendo, que fuera Núñez, y merced a su liberalidad, se logró lo que deseaba.

El cadáver fué sacado a los pocos instantes, y al reconocerle, todos dejaron escapar una exclamación de asombro. No era el hombre que habían creído.

Era otro muy conocido de cuantos allí estaban.

Pero Duval se hallaba en esos momentos en la choza del indio, poniendo en juego los medios de conducir a aquel sitio a don Manuel, único sér que, en su concepto, quedaba ya que pudiera delatarle, y nada llegó a saber.

Núñez, que había oído desde la otra pieza de la choza la conversación que Duval tuvo con el indio, comprendió al instante las perversas intenciones del amigo de Willey, y se propuso salvar a su antiguo principal.

Para conseguirlo se resolvió permanecer en la choza, hasta poco antes de la hora citada, y cuando ésta se aproximó, salió al campo, y oculto detrás de un árbol, observó todos los movimientos de Duval desde poco después que salió de la ciudad.

Pronto conoció que se dirigía al bosque; y entonces se ocultó en él antes de que llegara.

Cuando Duval penetró en la arboleda, Núñez se hallaba detrás de él cubierto por los árboles.

Así Duval, cuando soñó deshacerse del único hombre que creía era ya el único sabedor de sus maldades se encontró desarmado por quien también podía perderle, y a quien había juzgado muerto.

Esto le inquietó sobremanera, y quedó pensativo y con los brazos cruzados por un momento en el bosque.

Pero este abismamiento duró un instante.

Pensó que mientras estuviese en su poder Ricardo, nada se atrevía Núñez a hacer contra él.

Conoció asimismo que obligaría a don Manuel a guardar silencio, y esta reflexión le volvió toda su altivez y aliento.

—¡Oh! ¡Nada debo temer! —exclamó levantando erguido la cabeza—. Desean la vida de Ricardo, y esto les obligará a guardar silencio. Sí, marchemos sin ningún temor, y ya que este plan ha fracasado, meditemos en otro que nos dé un feliz resultado.

Y al decir esto, salió del bosque y se dirigió hacia Texcoco, por el mismo camino que había llevado.

Entretanto que nuevos pensamientos criminales ocupaban

a Duval, Núñez, como hemos dicho, se dirigió a alcanzar a don Manuel.

Su antiguo principal se asombró de encontrarle en aquel sitio, y entonces Núñez le hizo conocer la causa de hallarse allí, y que el lector conoce ya; pero ocultando que fuese Duval el que había tratado de asesinarle, llamándole con un engaño.

Le había dicho a don Manuel el día anterior, y cuando se paseaban por el Molino, que interesaba a la vida de Ricardo no delatar a Duval, y le ocultó el nombre del autor de aquel nuevo atentado, que felizmente había fracasado, temiendo que no tuviese la suficiente calma para contenerse al tener noticia de aquel plan inicuo.

El proyectado asesinato, pues, se lo atribuyó Núñez a un hombre que dijo no haber podido conocer, por haber echado a huir al verse sorprendido.

Don Manuel le dió las gracias por haberle salvado la vida, y añadió:

—La Providencia dispuso que no fuese usted el que ayer tuvo un fin, el más trágico, en el Molino de Flores; pues a haber tenido la desgracia de perder a usted, hoy hubiera perecido a manos, sin duda, del que dispuso una infernal celada para quitarme la vida.

—Tal vez sería más útil a la sociedad que yo, el hombre que perdió la vida. Acaso él tendría una familia a quien hacía falta, cuando yo soy sólo en el mundo.

—Lo sensible es su familia.

—¿Luego es cierto que la tenía?

—Y muy recomendable, según dijeron todos al sacar el cadáver del torrente.

—¿Es decir, que usted no conocía a ese desgraciado que perdió la vida?

—No.

—Pero ¿no dijeron su nombre los que le conocían?

—Sí.

—¿Cuál?

—Diego Rondal.

—¿El esposo de Elisa?

—El mismo.

—¿Desgraciado!

—Se dice que su razón estaba trastornada, y se cree que se arrojó al torrente en un acceso de locura.

—Sí, sin duda!

—Oh!, perder la razón es el mayor de los males que le pueden sobrevenir al hombre.

—¡Es cierto!

—Pero usted, señor Núñez, ha carecido todo el día de las comodidades a que está acostumbrado, y es preciso que llegemos a Texcoco antes de que oscurezca.

Y don Manuel y Núñez emprendieron su marcha con dirección a la ciudad, sirviéndoles de asunto para una conversación animada, la suerte de la recomendable familia de Diego.

Todos, pues, creían que éste se había suicidado.

Sin embargo, Duval y el doctor temían que alguno hubiese presenciado el acto de arrojarle al agua.

Y este temor, unido al que les infundía el ver a Núñez salvarse de todos los peligros, les tenía, como hemos visto en otro capítulo, en continuo sobresalto.

CAPITULO XV

Un deber de conciencia

En los momentos en que don Manuel se hallaba en casa de Leopoldo, haciéndole saber la resolución de don Emilio de unirle con la hermosa Clotilde, la desgraciada Elisa, rodeada de sus tiernas hijas y vestida de riguroso luto, yace en su humilde habitación, afligida y sin consuelo.

Desde la horrible muerte de su esposo, no se la ve salir a ninguna parte, y parece que su alma no encuentra más consuelo que orar por él a todas horas.

Julia y Teresita, que han crecido notablemente, y que se ven cada día adornadas de nuevas gracias y virtudes, se encuentran a su lado, uniendo sus tiernas súplicas a las de aquella amorosa mujer que no olvidaba un solo instante al hombre que tanto la había hecho sufrir y padecer.

La muerte del desgraciado Diego había sido un golpe terrible para ella, que nunca perdió la esperanza de verle recobrar la salud y volver a ser lo que fuera en la época feliz en que se unió a él, creyendo encontrar en el mundo las delicias de la gloria.

Pero a sus esperanzas, desvanecidas por el fin trágico de su vida, agregaba en aquel momento Elisa otro sentimiento: la convicción de que iba a perder a la hermosa Clotilde, que se había constituido en su protectora.

Acababa de saber por el honrado Pablo, que se hallaba a las puertas del sepulcro, y esto la tenía inconsolable.

Teresita, que estaba conmovida de ver el abatimiento de